

# PAULO VI Y EL CAPITALISMO EN LA "POPULORUM PROGRESSIO"

Por el P. Dr. Gustavo Amigó Jansen, S. J.

Tanto en el mundo comunista como en el occidental, la encíclica "Populorum Progressio" del Papa Paulo VI ha suscitado reacciones encontradas por su supuesta tendencia "anticapitalista". Limitándonos ahora al segundo *The Wall Street Journal* ha señalado en ella un "marxismo recalentado"; mientras la revista *Time* dice que el humanismo preconizado por el Papa está en la óptica de otros tiempos y que le falta equilibrio, en contraste con Juan XXIII: sin duda que el semanario norteamericano echa de menos una condenación del comunismo. Y, por supuesto, que serán muchos los católicos sorprendidos que deploran internamente un ataque a lo que consideran sagrado en nuestra herencia socio-económica.

Creemos de verdadero interés despejar estas nubes y penetrar en el verdadero pensamiento de la encíclica, bastante más complejo ciertamente y por lo mismo más preciso y exacto. Es obvio que para quienes no existe otro dilema que o comunismo o capitalismo el Papa parece echarse más bien en favor del primero...

Conviene anotar de entrada que Paulo VI está en la línea de la doctrina social que la Iglesia subrayó vigorosamente desde León XIII. Este, en su famosa "Rerum novarum" (1891, n. 2) no temió afirmar:

"Los trabajadores aislados y sin defensa se han visto, con el tiempo, entregados a merced de amos inhumanos y a la codicia de una concurrencia desenfrenada... Una usura devoradora no ha dejado de ser practicada bajo una forma nueva por hombres ávidos de ganancia y de una codicia insaciable... La industria y el comercio han llegado a ser patrimonio de un escaso número de ricos y opulentos que imponen un yugo casi servil a la infinita muchedumbre de los proletarios".

No son palabras más fuertes las que usa Paulo VI, a la verdad, cuando flagela al capitalismo y a la economía de lucro...

Pero ¿qué es el capitalismo? Sería injusto definirlo por sus errores y vicios; hay que acudir a su entraña misma. Y así entendido, es esencialmente el sistema económico de la producción en que el factor capital (dinero, maquinarias, etc.) domina sobre el factor trabajo humano. Para una ampliación más matizada de

este concepto, recomendamos la lectura del ponderado y juicioso libro de Pierre Bigo, S. J., "La doctrine sociale de l'Eglise", París, 1965 (cuya traducción castellana debe de estar próxima a salir), que en las páginas 107-132 hace un análisis histórico y exacto. Aquí nos basta la noción sumaria indicada.

¿Puede decirse que el Papa condena a carga cerrada y esencialmente al capitalismo? No lo pensamos así, leyendo cuidadosamente sus palabras. Por ejemplo, véase el párrafo más fuerte, en que nos hemos permitido subrayar los lugares que establecen las debidas precisiones y distinciones:

"Pero por desgracia, sobre estas nuevas condiciones de la sociedad ha sido construído un sistema que considera el provecho como motor esencial del progreso económico, la concurrencia como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura, fue justamente denunciado por Pío XI como generador de "el imperialismo internacional del dinero". No hay mejor manera de reprobar un tal abuso que recordando solemnemente una vez más que la economía está al servicio del hombre. Pero si es verdadero que un cierto capitalismo ha sido la causa de muchos sufrimientos, de injusticias y de luchas fratricidas, cuyos efectos duran todavía, sería injusto que se le atribuyera a la industrialización misma los males que son debidos al nefasto sistema que la acompaña. Por el contrario, es justo reconocer la aportación irremplazable de la organización del trabajo y del progreso industrial a la obra del desarrollo" (n. 26).

De manera parecida, cuando habla el Papa (n. 22, p. ej.) de la propiedad, sostiene el gran principio cristiano tradicional: "En una palabra, el derecho de propiedad no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común, según la doctrina tradicional de los Padres de la Iglesia y de los grandes teólogos".

Se nos está aquí denunciando un abuso de cierta clase de capitalismo, el que establece como norma única y absoluta "el lucro" en vez "del servicio" a los hombres. Pero no se con-

dena a rajatabla el sistema económico del capital, que puede ejercerse digna y honestamente. Paulo VI no acepta el dilema "o capitalismo liberal o comunismo opresor", sino que toma un camino medio, el más complicado ciertamente, pero el recto, de la justicia y la caridad social cristianas.

La ganancia o el lucro son estímulos naturalmente humanos de la producción, el capital y el trabajo; lo que se pide es que tal como instinto no se deje desenfrenar por el egoísmo. Como debe moderarse el apetito o gusto de los alimentos, necesario generalmente para la conservación de la vida humana material, para que no se convierta no solamente en gula, dañosa bajo el aspecto moral, sino nociva aun desde el punto de vista orgánico. Ni más ni menos, ciertamente.

Estamos así, en el pensamiento pontificio, muy lejos de la teoría marxista, para la que toda ganancia o lucro del capital es un robo al trabajo. Hay ganancias lícitas; lo condenable es el afán excesivo en ellas.

Quisiéramos poder creer, como dicen algunos, que modernamente han desaparecido esos antiguos excesos del capitalismo; desgraciadamente se dan todavía en muchas partes, y bien lo experimentan las naciones subdesarrolladas que entregan sus materias primas a precios irrisorios para importar de los países industriales —sean éstos capitalistas o comunistas— los productos manufacturados que necesitan. Paulo VI mira principalmente a estas relaciones económicas entre los pueblos ricos y los pobres. Quizás se ha inspirado en un gran libro del insigne dominico P. Lebrét, titulado (traduzco del original francés) "Suicidio o supervivencia de Occidente", que deploraba profundamente este abismo insalvado —y según él difícilmente salvable— entre naciones que tienen y otras que no tienen. Cuando la ayuda se enfoca desde el ángulo exclusivo de disponer así de un consumidor más capaz, se está procediendo con el impulso de ese "nefasto sistema" de la economía de mero lucro... Cada grano de café de Brasil, de Colombia, de El Salvador... sabe muy bien de esta amarga historia, en que la ley inmise-

ricorde e injusta de la oferta y la demanda, sin más control, estruja implacable y desangra las economías pobres de nuestros pueblos.

Pero si pedimos justicia y solidaridad las otras naciones ricas para con nuestros países pobres, hay asimismo que poner el debido orden dentro de casa. La propiedad, por más inviolable que sea en su fundamento, tiene que cumplir con su misión social y general: "No es parte de tus bienes —recuerda el Papa citando a San Ambrosio— lo que tú des al pobre: lo que le das le pertenece". Y prosigue: "No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario" (n. 23).

Y luego: "La renta disponible no es cosa que queda abandonada al libre capricho de los hombres (como ya lo había dicho el Vaticano II)." "Desde luego no se podría admitir que ciudadanos, provistos de renfas abundantes, provenientes de los recursos y de la actividad nacional, las transfirieran en parte considerable al extranjero, por puro provecho personal, sin preocuparse del daño evidente que con ello infringirían a la propia patria" (n. 24).

Así, en esta encíclica, donde Time reconoce un tono de claridad y urgencia, se hacen las distinciones necesarias para insistir punzantemente en los lugares dolorosos y esenciales. Lo radical de las expresiones no se aparta de la enseñanza conocida en la Iglesia: sólo profundidad y apremia. Se lamenta la misma revista de que el Papa no hable de los beneficios aportados al mejoramiento de las naciones por la "libre" empresa; pero es sin duda que Paulo VI lo que busca ante todo, sin negar otras cosas, es marcar el carácter de urgencia y de servicio que ha de tener el capitalismo al ayudar a los pueblos.

La "Populorum Progressio", no es una condenación simple del capitalismo, ni un elogio del colectivismo o del marxismo: es una clarinada vibrante, amarga quizás como las realidades que palpamos, pero siempre certera y oportuna a que todos aceptemos y cumplamos las responsabilidades gravísimas que nos impone la solidaridad humana y universal.

San Salvador, 9 abril 1967.

**REGALOS DE BODA, lo más nuevo y elegante  
a precios razonables los encontrará en**

**PARIS VOLCAN**

**SAN SALVADOR**